

Lengua y Literatura

La diversidad lingüística



escuelas

La escuela
vuelve a la escuela

MINISTERIO DE EDUCACIÓN

PRIMERA LECTURA SUGERIDA

Dos textos de Julio Cortázar extraídos de *Un tal Lucas* (1979). En el primero, “Lucas, su patriotismo”, el narrador rememora a la Argentina desde el exilio a través de una enumeración visual de su país. El segundo relato, “Lucas, su patriotismo”, muestra al mismo personaje desde una escena del conurbano bonaerense.

En los dos cuentos el personaje es distinto y es el mismo a la vez, precisamente porque se lo ve desde diferentes lugares.

LUCAS, SU PATRIOTISMO

de Julio Cortázar

En *Un tal Lucas*. Buenos Aires, Alfaguara, 1979



De mi pasaporte me gustan las páginas de las renovaciones y los sellos de visados redondos / triangulares / verdes / cuadrados / negros / ovalados / rojos; de mi imagen de Buenos Aires el trasbordador sobre el Riachuelo, la plaza Irlanda, los jardines de Agronomía, algunos cafés que acaso ya no están, una cama en un departamento de Maipú casi esquina Córdoba, el olor y el silencio del puerto a medianoche en verano, los árboles de la plaza Lavalle.

Del país me queda un olor de acequias mendocinas, los álamos de Uspallata, el violeta profundo del cerro de Velasco en La Rioja, las estrellas chaqueñas en Pampa de Guanacos yendo de Salta a Misiones en un tren del año cuarenta y dos, un caballo que monté en Saladillo, el sabor del Cinzano con ginebra Gordon en el Boston de Florida, el olor ligeramente alérgico de las plateas del Colón, el superpullman del Luna Park con Carlos Beulchi y Mario Díaz, algunas lecherías de la madrugada, la fealdad de la Plaza Once, la lecture de *Sur* en los años dulcemente ingenuos, las ediciones a cincuenta centavos de Claridad con Roberto Arlt y Castelnuovo, y también algunos patios, claro, y sombras que me callo, y muertos.

LUCAS, SU PATRIOTISMO

El centro de la imagen serán los malvones, pero hay también glicinas, verano, mate a las cinco y media, la máquina de coser, zapatillas y lentas conversaciones sobre enfermedades y disgustos familiares, de golpe un pollo dejando su firma entre dos sillas o el gato atrás de una paloma que lo sobra canchera. Todo eso huele a ropa tendida, a almidón azulado y a lejía, huele a jubilación, a factura surtida o tortas fritas, casi siempre a radio vecina con tangos y los avisos del Geniol, del aceite Cocinero que es de todos el primero, y a chicos pateando la pelota de trapo en el baldío del fondo, el Beto metió el gol de sobrepique.

Tan convencional todo, tan dicho que Lucas de puro pudor busca otras salidas, a la mitad del recuerdo decide acordarse de cómo a esa hora se encerraba a leer a Homero y Dickson Carr en su cuartito atorrante para no escuchar de nuevo la operación del apéndice de la tía Pepa con todos los detalles luctuosos y la representación en vivo

de las horribles náuseas de la anestesia, o la historia de la hipoteca de la calle Bulnes en la que el tío Alejandro se iba hundiendo de mate en mate hasta la apo- teosis de los suspiros colectivos y todo va de mal en peor, Josefina, aquí hace falta un gobierno fuerte, carajo. Por suerte la Flora ahí para mostrar la foto de Clark Gable en el rotograbado de *La Prensa* y recordar los momentos estelares de *Lo que el viento se llevó*. A veces la abuela se acordaba de Francesca Bertini y el tío Alejandro, de Bárbara La Marr que era la mar de bárbara, vos y las vampiresas, ah los hombres, Lucas comprende que no hay nada que hacer, que ya está de nuevo en el patio, que la tarjeta postal sigue clavada para siempre al borde del espejo del tiempo, pintada a mano con su franja de palomitas, con su leve borde negro.



SEGUNDA LECTURA SUGERIDA

“Los chicos que nacieron viejos”, de Roberto Arlt (1901-1942). Pertenece a la serie de *Aguafuertes Porteñas* (1933) que si bien hoy se edita en forma de libro, originalmente salían publicadas en el desaparecido diario *El Mundo*.

El narrador observa, con una mirada mordaz, la vida en Buenos Aires. La describe humorísticamente con su típico acento barriobajero, tanguero de la década del '30, donde las voces del lunfardo contribuyen a crear un universo que deja afuera a los jóvenes viejos. El lugar en el que se ubica el narrador permite describir sarcásticamente al “otro”.

Si bien sugerimos como actividad principal la lectura, este texto puede llevar a una tarea de escritura acerca de las tribus urbanas, proponiendo a los alumnos que, desde la mirada de una de estas tribus, escriban en clave de humor cómo se ven a sí mismos sus miembros, usando la variedad lingüística que los define y caracteriza.

LOS CHICOS QUE NACIERON VIEJOS

de Roberto Arlt

En *Aguafuertes Porteñas*. Buenos Aires, Losada, 1933.



Caminaba hoy por la calle Rivadavia, a la altura de Membrillar, cuando vi en una esquina a un muchacho con cara de 'jovie'; la punta de los faldones del gabán tocándole los zapatos; las manos sepultadas en el bolsillo; el 'fungi' abollado y la grandota nariz pálida como lloviéndole sobre el mentón. Parecía un viejo, y sin embargo no tendría más de veinte años... Digo veinte años y diría cincuenta, porque esos eran los que representaba con su esgunfiamiento de mascarón chino y sus ojos enturbiados como los de un antiguo lavaplatos. Y me hizo acordar de un montón de cosas, incluso de los chicos que nacieron viejos, que en la escuela ya...

Esos pebetes... esos viejos pebetes que en la escuela llamábamos 'ganchudos' —¿por qué nacerán chicos que desde los cinco años demuestran una pavorosa seriedad de ancianos?— y que concurren a la clase con los cuadernos perfectamente forrados y el libro sin dobladuras en las páginas.

Podría asegurar, sin exageración, que si queremos saber cuál será el destino de un chico, no tendremos nada más que revisar su cuaderno, y eso nos servirá para profetizar su destino.

Problema brutal e inexplicable porque uno no puede saber qué diablos es lo que tendrá ese nene en el 'mate'; ese nene que a los quince años va al primer año del colegio nacional enfundado en un sobretodo y que hasta mezquino y tacaño de sonrisa resulta, y después, algunos años más tarde, lo encontramos y siempre serio nos bate que estudia de escribano o de abogado, y se recibe, y sigue serio, y está de novio y continúa grave como Digesto Municipal; y se casa, y el día que se casa, cualquiera diría que asiste al fallecimiento de un señor que dejó de pagarle los honorarios...

No se hicieron la rata. ¡Nunca se hicieron la rata! Ni en el colegio ni en el Nacional. De más está decir que jamás perdieron una tarde en el café de la esquina jugando al billar. No. Cuando menos o cuando más, o a lo más, las diversiones que se permitieron fue acompañar a las hermanas al cine, no todos los días, sino de vez en cuando.

Pero el problema no es éste de si cuando grandes jugaron o no al billar, sino por qué nacieron serios. Los culpables, ¿quiénes son; el padre o la madre? Porque hay purretes que son alegres, joviales y burlones, y otros que ni por broma sonrían; chicos que parecen estar embutidos en la negrura de un traje curialesco, chicos que tienen algo de sótano de una carbonería complicado con la afectuosidad de un verdugo en decadencia. ¿A quiénes hay que interrogar?, ¿a los padres o a las madres?

Fijándose un poco en los susodichos nenes, se observa que carecen de alegría como si los padres, cuando los encargaron a París, hubieran estado pensando en cosas amargas y aburridas. De otra forma no se explica esa vida esgunfiada que los chicos almacenan como un veneno echado a perder.

Y tan echado a perder que pasan entre las cosas más bonitas de la creación con un gesto enfurruñado. Son tipos que únicamente gustan de las mujeres, del mismo modo que los cerdos de las trufas, y en sacándolos de eso no baten ni medio.

Sin embargo, las teorías más complicadas fallan cuando se trata de explicar la psicología de estos menores. Hay señoras que dicen, refiriéndose a un hijo desabrido:

—Yo no sé a 'quién' sale tan serio. Al padre, no puede ser, porque el padre es un badulaque de marca mayor. ¿A mí?

Tampoco.

Chicos pavorosos y tétricos. Chicos que no leyeron nunca *El corsario negro*, ni *Sandokán*. Chicos que jamás se enamoraron de la maestra (tengo que escribir una nota sobre los chicos que se enamoran de la maestra); chicos que tienen una prematura gravedad de escribano mayor; chicos que no dicen malas palabras y chicos que siempre entraron a la escuela con los zapatos perfectamente lustrados y las uñas limpias y los dientes lavados; chicos que en la fiesta de fin de año son el orgullo de las maestras que los exhiben con sus peinados a la cola y gomina; chicos que declaman con énfasis reglamentado y protocolar el verso 'A mi bandera'; chicos de buenas clasificaciones; chicos que del Nacional van a la Universidad, y de la Universidad al Estudio, y del Estudio a los Tribunales, y de los Tribunales a un hogar congelado con esposa honesta, y del hogar con esposa honesta y un hijo bandido que hace versos, a la Chacarita... ¿Para qué habrán nacido estos hombres serios? ¿Se puede saber? ¿Para qué habrán nacido estos menores graves, estos colegiales adustos?

Misterio. Misterio.



TERCERA LECTURA SUGERIDA

“El nacimiento de San Lorenzo de Almagro”, una entrevista de Osvaldo Soriano (1943-1997).

Este texto fue publicado originalmente en el diario *La Opinión* y más tarde el autor lo recopiló junto a otros trabajos periodísticos de la misma época en su libro *Artistas, locos y criminales* (1984).

El autor recorre varios lugares que se referencian mutuamente. De lo geográfico se pasa a lo simbólico, y de lo simbólico a lo geográfico: con ingenua destreza, los entrevistados rememoran a la Buenos Aires de principio de siglo, con sus costumbres, los nombres de entonces de las calles, los protagonistas de la época. Por otro lado, el viaje a la niñez remonta el relato al lugar que para cada persona ocupa su propia infancia. Todo se tiñe con la candidez de las palabras de los entrevistados, que con su historia cuentan cómo hicieron Historia (ellos hicieron nacer a San Lorenzo), para finalmente, pasar a ser olvidados por esa misma historia, un círculo vicioso que simboliza a Buenos Aires.

El último lugar que refleja este texto es el periodístico, el de la justificación del por qué se habla de este tema. En sus palabras iniciales, Soriano (reconocido fanático de San Lorenzo) comenta que debió esperar a que San Lorenzo saliera campeón para que su nota tuviera lugar justificable en un medio.

EL NACIMIENTO DE SAN LORENZO DE ALMAGRO, de Osvaldo Soriano

En *Artistas, locos y criminales*. Buenos Aires, Seix Barral, 1984.



Aquella aventura de un puñado de pibes en la primera década del siglo es común al nacimiento de todos los clubes de Buenos Aires. Un fenómeno cultural que ha impregnado la vida argentina y que, en el caso de San Lorenzo, me parece una parábola ejemplar del fulgor y la decadencia de una sociedad. Cuando hicimos el reportaje, ni Xarau, ni Giannella, ni nadie podía imaginar que nueve años más tarde San Lorenzo perdería su estadio y sus bienes que costaron tantos esfuerzos. Menos aún, que en 1982 tendría que volver a jugar en la B. El nacimiento de San Lorenzo de Almagro. 7 de enero de 1973. A José Rafael Albrecht y José F. Sanfilippo. Entre los hinchas de San Lorenzo de Almagro que festejaron alborozados la conquista de los títulos de 1972, caminaba un hombre de 79 años, de rostro seco como una cáscara de nuez, de ojos desteñidos que sólo podían permitirse una mirada lejana. No sintió los habituales dolores en el hígado y en la nariz, quebrada sesenta años atrás por un pelotazo. En el bolsillo trasero del pantalón guardaba una billetera de cuero gastado, abrigo de doscientos pesos, un carnet de socio vitalicio de San Lorenzo y una medalla de oro. Nadie lo reconoció, nadie le agradeció nada. Cuando llegó a la pensión de la calle Monte al 3.700, se encerró en su pieza de tres por tres, sacó el calentador de querosén, peló tres papas y las puso a hervir. Se sentó en la única silla, prendió la radio y escuchó cómo la gloria caía sobre un grupo de hombres que se ganan holgadamente la vida con el fútbol. Él no lo dice, pero quizás haya mirado a su alrededor la vieja cómoda, el camastro, el crucifijo en la pared del que cuelgan siempre dos flores que se marchitan. La voz del locutor cuenta la historia de San Lorenzo, memora nombres rutilantes y menciona a los Forzosos de Almagro. El viejo Francisco Xarau asiente con la cabeza. Recuerda el 1° de enero de 1915: el wing derecho desbordó su punta y tiró al arco, la pelota rebotó en un defensor de Honor y Patria y vino de buscana, justito para la

zurda de Xarau; le pegó como venía, buscando el efecto contrario para enderezarla. La pelota rozó con el tiento en la cabeza de un defensor y se clavó en la red. Xarau, veloz, hábil con las dos piernas, lo imprescindible para ser un gran centroforward, corrió a festejar. Lo ahogaron a abrazos. La vieja cancha de Ferrocarril Oeste estaba repleta. La barra de Almagro deliraba. Era la misma alegría que en 1972 sintieron los herederos de aquellos hinchas cuando Figueroa logró el tanto del triunfo frente a River Plate. Aquel gol de Xarau abrió el camino para que San Lorenzo ascendiera a la primera división de la Asociación Argentina de Football. Corrían 37 minutos del primer tiempo. Dos goles más, el último del wing izquierdo Luis Giannella, sellaron el score definitivo: 3 a 0. La barriada de Almagro tenía ya un club que la identificara. Desde entonces, la aventura que había nacido en 1907, en la esquina de México y Treinta y Tres, con el nombre de Forzosos de Almagro, creció hasta alcanzar en 1930 su esplendor. En la euforia del triunfo, pocos sabían que dos de aquellos pibes que integraron el equipo de los Forzosos, cuando se fundó, en 1907, y cuando ascendió en 1915, están vivos y abandonados por su hijo presuntuoso. Xarau vive en la pobreza de un cuarto. Giannella, de 77 años, está ciego, sordo y apenas puede mover sus piernas. Casi todos los días, como hace 65 años, los dos 'muchachos' (así se nombran ellos) se juntan en casa de Giannella –quien vive cuidado por una hija y tiene otro hijo varón–, para recordar aquella época que ya parece una alucinación. Giannella, que no oye ni ve, habla como una ametralladora, se indigna cuando lo interrumpen. Xarau nunca se casó y no se queja demasiado de su soledad: 'Siempre tuve problemas –dice–, cosas de la vida'. Todo lo que les dejó San Lorenzo fue un carnet para entrar gratis al club y una medalla de oro. El viejo centroforward opuso resistencia a contar la historia de los Forzosos: 'Ya está escrita –argumentó–, la hicieron los investigadores; nosotros la vivimos, no podemos modificarla'. Al fin, Xarau y Giannella contaron aquella infancia en el barrio de Almagro junto al cura Lorenzo Massa, quien los dirigió en sus primeros pasos. El relato de ambos sacó a la luz una circunstancia casi desconocida para los hinchas de San Lorenzo. El nombre del club no proviene sólo de un reconocimiento al padre Massa; se refiere, concretamente, a la batalla ganada por San Martín en 1813.

Giannella: En 1907, la calle México era de tierra, todas las casas eran bajas y modestas y por allí pasaba el tranvía 27. Los pibes jugábamos al fútbol en la calle porque era lo más barato que había. Los de la barra vivíamos en la calle México o en Treinta y Tres. Todos trabajábamos para ayudar en casa. Yo hacía herrería artística en un taller de Avenida La Plata y Rosario. Cuando largaba el trabajo, salía corriendo para juntarme con la barra y hacer el partido. La pelota era mía, de esas de tiento que había entonces, ¿las conoció? Después se la vendí a Federico Monti, que era el cabecilla de la barra, en dos pesos cincuenta. Queríamos formar un cuadro para jugar con los muchachos de otros barrios, así que nos reunimos y empezamos a buscar un nombre. Elegimos Forzosos de Almagro. El primer nombre lo discutimos mucho, pero todos estábamos convencidos de que, al club, había que agregarle a cualquier nombre, el del barrio: Almagro. Algunos queríamos ponerle Almagro solamente, pero por fin le agregamos Forzosos.

Xarau: (...) En 1907 éramos los Forzosos pero no jugábamos todavía contra otros cuadros. Hacíamos partidos entre nosotros, menores contra mayores. Éramos pibes de 12 a 15 años. Me acuerdo que cuando pasaba el tranvía, lo usábamos para hacer rebotar la pelota, lo que ahora llaman 'pared'.

Giannella: San Lorenzo nació el día que Juancito Abondanza se llevó por delante al tranvía. Estábamos jugando un partido entre mayores y menores en la calle, justo

frente a la capilla de San Antonio. El padre Lorenzo Massa salía a la vereda a mirar. En un momento, Juancito agarra la pelota y empieza a disparar como loco. Se cortaba solo y no vio el tranvía, o lo quiso gambetear, la cosa es que se lo tragó. El mótorman alcanzó a frenar pero igual lo golpeó y lo tiró al suelo. El tipo que manejaba y el guarda bajaron furiosos para pegarle a Juancito, pero el pibe era muy ligero y se las tomó mientras los mandaba con madre y todo. Yo estaba parado al lado del padre Massa (...) Cuando escuchó que Abondanza los insultaba a los del tranvía, me dijo: 'Pero che, qué barbaridad, qué mal educado es ese pibe'. Enseguida me preguntó quién era el cabecilla de la barra. 'Aquél', le dije, y señalé al Carbuña. Nosotros lo respetábamos mucho. Federico Monti era un pibe que trabajaba de carbonero –después se hizo albañil–, por eso le habíamos puesto ese apodo. Lo llamó al Carbuña y le dijo: 'Mirá, en el fondo de la capilla tengo un lindo terreno. Si ustedes lo limpian, pueden hacer una canchita. Yo les hago hacer los arcos en la carpintería de la iglesia de San Carlos. ¿Qué les parece?'

Xarau: Limpiamos el fondo de escombros. Trajimos un carro, y Giannella, Federico Monti, su hermano Juan y yo nos llevamos muchas cargas de yuyos, ladrillos y otras cosas. Dejamos todo limpio. El cura trajo los arcos con las medidas que le habíamos dado (...)

Giannella: El que puso el nombre de Forzosos fue Luisito Manara, un chico muy bueno que iba a todas partes con nosotros y que se murió enseguida, a los 16 años, de tifus. Cuando discutimos el nombre no teníamos ni la pelota. Luisito decía que el cuadro se tenía que llamar Forzosos de México, porque éramos casi todos de esa calle. Federico Monti dijo que no, que había que ponerle cualquier nombre, pero con Almagro al final, y que eso no podía cambiarse nunca. Entonces quedó Forzosos de Almagro. Con el nombre de Forzosos jugamos apenas dos o tres meses. El primer partido fue contra Estrellas de México, que era un cuadro de ahí cerca, por Castro Barros. Estrenamos unas camisetas color borra de vino que nos trajo el cura Lorenzo. Les ganamos 2 a 1. Xarau hizo un gol de penal. ¡Cómo los tiraba! El otro creo que lo metió Julio Maidana. Jugamos muchos partidos y los ganamos todos. En la capilla no perdimos nunca. Le ganamos al Jorge Brown, al Laureles Argentinos, que era de las calles Agrelo y Boedo. Íbamos a los diarios a poner los desafíos, pero no nos querían recibir el papel porque no tenía sello y decían que si no tenía sello, no era un club. Como el padre Lorenzo nos obligaba a ir a misa todos los domingos, a la salida hablábamos con los vecinos y juntamos 7 pesos que costaba el sello de goma. En la misa, el padre controlaba muy bien si estábamos todos, porque si no, no había permiso para usar la cancha. Íbamos tantos muchachos a misa que se empezó a llenar de chicas, pero en ese tiempo no nos ocupábamos de mujeres, como hacen ahora.

Federico Monti y otros empezaron a decir que había que cambiarle el nombre al cuadro, porque Forzosos era muy feo. Monti me dijo: 'Hablá con el padre Massa, elegí un nombre, y si él está de acuerdo, lo cambiamos'. Lo agarré al cura cuando salía para ir a San Carlos, que quedaba en Victoria y Yapeyú (hoy Hipólito Yrigoyen y Quintino Bocayuva). Le dije: 'Padre, vamos a cambiar el nombre del cuadro'. Me preguntó cómo pensábamos llamarlo. 'Mire padre –me animé–, le vamos a poner Club Atlético Lorenzo Massa'. El cura se agarró la cabeza: '¡No! –me dijo–. ¡Por favor! Ustedes se pelean en la cancha, les van a decir cuervos, frailongos, no, no'. Entonces le insistí: 'Federico dice que lo único que no podemos sacar es Almagro, pero lo otro está decidido'. No quiso saber nada, así que tuvimos que reunirnos todos en la esquina y buscar otro nombre. Nosotros le queríamos hacer el homenaje al padre y ponerle su nombre al club, así que buscamos una vuelta en el asunto. Alguno se acordó de la batalla de San Lorenzo.

Fuimos corriendo y el cura aceptó. 'Bueno, si es por la Batalla de San Lorenzo está bien. Que se llame San Lorenzo de Almagro'. Esto era en abril de 1908.

Xarau: Yo le voy a contar cómo cambiamos la camiseta y adoptamos la azulgrana, que se usa ahora. Como nosotros no perdíamos ningún partido, el cura nos dijo un día: 'El domingo que viene les voy a traer un cuadro bravo a ver si éstos les pueden ganar. También voy a traer dos juegos de camisetas y los sorteamos. Uno es verde y blanco en franjas verticales, el otro rojo y azul, también verticales. La camiseta que tenga el cuadro ganador queda para San Lorenzo'.

Trajo un cuadro de San Francisco, que tenía unos jugadores bárbaros. Sorteamos las camisetas y nos tocó la roja y azul. Les ganamos 5 a 0. Giannella hizo un gol. Así que nos quedamos con las camisetas azulgrana que se siguen usando ahora. Entonces el cura se convenció de que no perdíamos más y nos hizo entrar en el campeonato de las iglesias, que se llamaba Don Bosco. También lo ganamos. Entre tanto, nos íbamos haciendo muchachos grandes.

Giannella: El padre Lorenzo consiguió una cancha en el Parque Chacabuco y nos fuimos a jugar allá, porque ya necesitábamos más. Por el año doce, la municipalidad nos sacó la cancha y no sabíamos qué hacer, así que decidimos irnos a jugar a otros clubes. Xarau y yo nos fuimos a Vélez Sarsfield. Llegamos a la semifinal pero perdimos contra Porteño. Yo no jugué ese día. Al año siguiente terminamos segundos de Floresta y perdimos el ascenso. Si ese año Vélez Sarsfield hubiera subido a primera, San Lorenzo no existiría.

En 1914 formamos de nuevo el club San Lorenzo de Almagro y entramos en el campeonato de segunda división. Nos reunimos en la casa de Alberto Coll, en la esquina de Treinta y Tres y Agrelo, y allí instalamos la secretaría del club. Entramos en segunda y ganamos todos los campeonatos del norte, sur, qué se yo. Ganamos el torneo de segunda y teníamos que jugar la final con Honor y Patria, que era campeón de Intermedia. El partido fue en la cancha de Ferro y ganamos 3 a 0. Fue el 1° de enero de 1915. Xarau hizo el primer gol y yo el último. Subimos a primera y, desde entonces, San Lorenzo no descendió nunca.

Xarau: Nos hacía falta cancha. Habíamos juntado cien socios que pagaban una cuota mensual. Empezamos a hacer la cancha en Liniers, sobre un terreno que era del cuadro de Olimpia. Gastamos toda la plata y cuando la terminamos, la municipalidad nos avisó que por ahí iba a pasar una calle asfaltada y nos desalojó. Perdimos todo, una fortuna en ese tiempo, y lo peor es que no teníamos cancha para jugar en primera. Menos mal que el presidente de Ferrocarril Oeste nos alquiló la de ellos. La pagamos con plata nuestra porque también éramos socios del club, y ya teníamos una barrita buena. Cuando entramos en primera, la cosa andaba mejor. Nosotros éramos jugadores y se había formado una comisión directiva. En el año dieciséis nos fuimos a Avenida La Plata, al lugar mismo donde ahora está el club. El padre Massa consiguió alquilar el terreno y empezamos a hacer la cancha. Nosotros íbamos a ayudar a nivelar el terreno, a sacar escombros y todo eso. La hicimos casi en el mismo lugar en que está ahora, un poco más sobre Avenida La Plata, y tenía una tribunita chica, como para cincuenta personas.

Giannella: Mi vieja tiraba la bronca. Decía que todos los que jugaban al fútbol eran unos atorrantes. Yo le contestaba: 'Cuando juegue en primera voy a conseguir un trabajo mejor'. Claro, me dieron un trabajo en la Unión Telefónica. Yo jugué hasta 1923 (...)

Xarau: Yo me retiré antes, en el dieciocho. Por mi madre y mi hermana. Siempre tuve problemas. No me pude casar porque tenía que cuidarlas. Ya ve donde vivo. El

año pasado viví en un ranchito de La Reja. Conservaba recuerdos de la época, pero un día entraron ladrones y se llevaron todo. Soy socio vitalicio de San Lorenzo, tengo el número cinco y mi foto está en la intendencia del club junto a las de los demás. Entro gratis a la cancha. Me conformo. Trabajé seis años como cuidador de las canchas de bochas del club y me daban un sueldito. Tengo una jubilación chiquita y a los setenta y nueve años no puedo esperar mucho.

Los que empezamos éramos menos de veinte, los que hicimos el club unos cien y sólo quedamos dos vivos. También queda Silva, que era de las inferiores. Ahora lo único que me queda por delante es la muerte. Mi amargura no es andar solo y tirado, sino que lo que hice no me haya servido de nada. No me refiero al club, que lo hicieron los que vinieron después, sino a la vida. Siempre tuve problemas. Tengo unos sobriños, pero ellos están en lo suyo y me parece bien. De los viejos, más vale ni acordarse. Aunque alguna vez también hicieron goles.



CUARTA LECTURA SUGERIDA

“Vida de familia”, de Liliana Heker. Cuento de carácter fantástico, supone una verdadera intromisión de una persona en el lugar de otro.

Los códigos son claramente reconocibles en un hogar porteño de clase media. De hecho, la historia transcurre en una familia que vive en el barrio de Caballito.

Como le ocurriera al protagonista de *La metamorfosis* de Kafka, un día todo cambia para él, hasta su identidad, mientras todo su entorno parece seguir su vida normalmente. Esta atrocidad le permite al protagonista convertirse en un ácido cronista del seno de una familia, un espía involuntario que no tiene ni lazos afectivos con las personas a quienes describe ni, por consecuencia, piedad en la descripción más cruda. Así, reproduce frases que en una casa pueden escucharse a cotidianio pero que, escuchadas por primera vez, conllevan todo tipo de miserias.

VIDA DE FAMILIA

de Liliana Heker

En *Cuentos*, Buenos Aires, Punto de lectura, 2001.



Hay individuos particularmente no emotivos. Nicolás Broda pertenecía a esa especie. Con seguridad que si al mirar hacia arriba cualquier noche hubiera visto dos estrellas rodando por el cielo en sentido contrario y a punto de chocar, en vez de esperar el cataclismo se habría puesto a reunir las informaciones necesarias y a la mañana siguiente, después de mucho manipular las ecuaciones de Lagrange aplicadas a la mecánica de tres cuerpos, habría llegado a comprobar que, en efecto, un satélite lanzado treinta y ocho días atrás y otro lanzado hacía apenas cuatro días debían crear la ilusión de choque desde el lugar y a la hora en que él había estado contemplando el cielo.

La mañana del 7 de julio se despertó porque una olla o algo metálico acababa de caer en la pieza de al lado. *Cada casa suena de una manera distinta*. Y durante un instante tuvo la intención de indagar por qué se le había cruzado la palabra 'distinta'. *Tengo que levantarme*, pensó, pero ni siquiera abrió los ojos porque solapadamente sabía que no. No tenía que levantarse porque era sábado o (operador de Boole) porque el despertador

aún no había sonado. Es cierto que tenía que ir al Centro de Cómputos a revisar la prueba de una rutina (era programador *fortran*, además de estudiante avanzado de matemática) pero daba lo mismo que fuera en seguida o más tarde. Se desperezó ampliamente y razonó que eso era lo bueno de los sábados: empezaban como cualquier día y de pronto, la libertad. *¿La libertad?*, pero desechó de inmediato esa fuente de reflexiones porque consideró una huevada amanecer tan bizantino.

Hizo un ligero esfuerzo y abrió los ojos. El segundo esfuerzo le llevó más tiempo y un mayor ejercicio de su voluntad: giró la cabeza para mirar la hora. Eran las ocho y veinte: el despertador no había sonado.

Para el tercer esfuerzo (sacar el brazo de debajo de la frazada y alcanzar el reloj) no necesitó ejercitar nada porque su movimiento estaba alentado por un auténtico interés: quería saber si la campanilla se había descompuesto o él se había olvidado de darle cuerda. Comprobó en seguida que se había olvidado de darle cuerda. También comprobó que la aguja del despertador, que habitualmente estaba fija en las ocho, marcaba las siete y media. *¿Qué hice anoche?*, trató de recordar. Ya estaba despierto del todo.

El ruido de la olla volvió a oírse: como un repiqueteo leve que acabó en seguida. Era en la pieza de sus padres. Recordó a su padre, de *robe de chambre* en el balcón. También recordó lo que había hecho la noche anterior. Había estado en el departamento de Segismundo Dantón y habían hablado de la teoría de la complejidad de una cadena binaria, de algunas mujeres, de Musil, y de cuando iban al cine Medrano a ver las series de Tarzán. Nicolás había regresado a su casa caminando: se sentía liviano como un pájaro. Su condición de pájaro, comprobó después, había estado cruelmente motivada por el olvido, en el departamento de Segismundo, de un portafolios que contenía varios manuales de IBM, un *dump* que ocupaba por lo menos treinta páginas, una edición casi desconocida de los cuentos de Maupassant, un tratado universal de matemática prepitagórica, documentos, otros utensilios, y las llaves, que si bien no gravitaban mucho en el sentido literal de la palabra, lo obligaron a tocar el timbre durante casi diez minutos y a compartir después algunas impresiones de índole socioeconómica con su desvelado padre. Lo cierto es que pese a este incidente se había sentido tan exaltado y juvenil que no era extraño, reflexionó, que se hubiera olvidado de darle cuerda al despertador. Por el momento no le interesó dar una respuesta al hecho de que la aguja marcara las siete y media. Estaba contento. Así que se levantó a lo recluta y se puso a cantar *Ay, Jalisco, no te rajes* con toda la voz que le salía del alma. *Porque es peligroso querer a las mala-aas*. Extendió el sonido 'as' hasta donde fue posible, y abrió la puerta de la pieza.

Una mujer desconocida en enaguas, corpulenta y de pelo oxigenado, estaba saliendo del dormitorio de los padres de Nicolás.

—¿Querés dejarte de gritar? —dijo la mujer.

Y entró en el baño y cerró de un portazo.

Nicolás había interrumpido el canto como si se le hubiera cortado la corriente. *Hay una barrera para la sorpresa*, se le ocurrió; *por encima de la barrera se produce una inhibición*. Se quedó quieto en mitad del corredor, sin saber muy bien qué hacer.

La mujer abrió la puerta del baño y se asomó.

—Oíme, Alfredo —empezó a decir; pero se interrumpió y lo miró con detenimiento—. Tenés la farmacia abierta. —Señaló un lugar, debajo de la cintura de Nicolás.

Nicolás se acomodó los calzoncillos. Con toda modestia, no podía dejar de admirar la sangre fría que estaba demostrando en circunstancias tan extrañas. Trató de

imaginarse la escena, cuando se lo contara a Segismundo. 'Y entonces una jovata salió del baño y me llamó Alfredo'. 'Claro, y ahí nomás se pusieron a cantar el Brindis de la Traviata'. 'Palabra te digo, estaba ahí como estás vos: la hubiera podido tocar'.

—¿Y? —dijo la mujer; sin embargo, algo en el aire de Nicolás seguramente la estaba preocupando porque cambió de tono—. ¿Te sentís mal Alfredo? —dijo.

—No —dijo Nicolás—. No.

Advirtió que la mujer se le estaba aproximando con la mano extendida y el propósito inequívoco (y maternal) de tocarle la frente para ver si tenía fiebre.

—No, no —repitió Nicolás. Arqueó el cuerpo hacia atrás, como quien está por sacar de cabeza, dio media vuelta, reculó y se metió en el baño con tanta violencia que la mujer dio un grito.

Lo primero que hizo en el baño fue acercarse al espejo y mirarse. Necesitaba reflexionar con serenidad. *No, lo que necesito es lavarme la cara*. Se lavó la cara, y se lavó el cuello, y metió la cabeza entera debajo de la canilla. Pensó que tratar de racionalizar (con tan pocos datos verificables) algo en apariencia tan irracional como lo que acababa de ocurrirle, implicaba de algún modo *aceptar* lo irracional. Él era capaz de no dejarse llevar por las apariencias. Se secó con energía, se estiró el pelo con los dedos, e inició el movimiento de extender la mano para alcanzar el cepillo de dientes.

Lo que vio le hizo detener la mano antes de llegar a su objetivo. Allí había *cinco* cepillos de dientes. Y si él nunca habría podido describir los cepillos que usaban sus padres y su hermano, en cambio habría podido afirmar tres cosas: a) no era ninguno de los que estaba viendo; b) allí siempre había habido cuatro cepillos; c) el suyo, con punta de caucho —especialmente indicado para la prevención de la paradentosis—, no estaba.

No trató de comprenderlo; se propuso algo más expeditivo: vestirse. Estar en calzoncillos agregaba al caso una dificultad accesoria que convenía eliminar. Se peinó. Colgados de un clavo, en la puerta —nunca había visto un clavo allí— encontró un vaquero y una camisa. *El fin justifica los medios*, pensó algo inconexamente mientras se ponía los pantalones. Verificó que los pantalones y la camisa le quedaran.

Salió del baño muy nervioso. No tenía una idea muy clara de cómo actuar. ¿Debía llamar a esa mujer? Y, sobre todo, ¿cómo debería llamarla? Era un hecho que la mujer le había dicho “tenés la farmacia abierta.” También era un hecho lo de la fiebre. Dio un breve suspiro y trató de pensar lo menos posible en lo que iba a hacer.

—Mamá —dijo.

Después de algunos segundos la puerta del dormitorio fue entreabierta y la cabeza de la mujer rubia apareció en la abertura.

Nicolás avanzó unos pasos hacia la mujer.

—Señora —le dijo con decisión—, en principio quiero aclararle que usted no es mi madre. También quiero aclararle que me gustaría saber qué significa todo esto y donde está —tosió fugazmente—, y donde está de verdad mi madre.

Sintió que le estaba latiendo un párpado, cosa que siempre le obsesionaba.

La mujer respiró hondo —era realmente corpulenta—, apretó los labios y se dio vuelta. Se dirigió a alguien que estaba dentro del dormitorio.

—¿Y? —dijo—. ¿Qué me contás ahora?

—¿Qué te cuento? —respondió una voz ronca, de hombre—. Que hace una hora que quiero un poco de té, eso es lo que te cuento.

La mujer volvió a respirar hondo, emitió un sonido como *hmm*, y miró otra vez en dirección a Nicolás.

—Mirá —le dijo—, tu padre está con otro ataque de gota. Y vos sabés muy bien que tu padre está con otro ataque de gota. Y encima te venís a hacer el gracioso.

Nicolás contemplaba un poco maravillado.

—Perdón, mamá —dijo, con una especie de presencia de ánimo o de tan fino humor que realmente lamentó que, dentro de ese corredor, él fuera la única persona capaz de apreciarlo.

La frase pareció tener algún efecto sobre la mujer. Salió del dormitorio, cerró la puerta y se acercó a Nicolás con un vago aire de intrigante teatral.

—Es terrible Alfredito —le dijo en tono confidencial—, de verdad es terrible. Que esto, que lo otro, que los sillones, que lo de más allá. Decime si es vida esto, Alfredito —sacó un pañuelo del bolsillo del deshabillé (ahora tenía puesto un deshabillé ciruela) y se sonó la nariz—. Y para colmo anoche. ¿Vos no lo oíste? —hizo una pausa, pero demasiado breve para que Nicolás pudiera contestar algo—. Chelita vino como a las seis, también, si será desgraciada tu hermana sabiendo cómo se pone, te juro, creí que se iba a quedar muerto ahí mismo. ¿En serio no oíste nada?

Nicolás hizo un movimiento ambiguo con la cabeza.

—Bueno —dijo la mujer—, ya te das una idea. Te juro, mirá, te juro, a veces me dan ganas de dejarlos a todos y mandarme a mudar. ¿Vas a salir? —dijo de pronto.

Nicolás observó que, sin que nada lo hiciera prever, la mujer había cambiado de tono, como si la última pregunta correspondiera a otra escena.

—Sí —dijo.

—Ah, bueno —dijo la mujer—, menos mal. Cuando volvés, me traés del almacén una harina de maíz, una virulana, dos sachettes de leche y fideítos para la sopa. Preguntale si llegó la vaselina, él ya sabe.

Sólo un instante. Nicolás naufragó. Pisó tierra firme como un conquistador. Había comprendido que, en adelante, no debía perder el control de la situación.

—¿No puede ir Chelita? —dijo.

La mujer suspiró.

—Se acostó como a las seis —dijo—. ¿Vos te creés por si acaso que se va a levantar antes de la una?

Oyeron que el hombre de la voz ronca pedía un té a través de la puerta.

—¿No te digo? —dijo la mujer—. A veces me dan ganas de dejarlos a todos y mandarme a mudar —señaló los pies de Nicolás, 'ponete los zapatos', le dijo, y salió por la arcada que daba al comedor.

Algo que notó Nicolás cuando entró en su pieza fue que en el lugar donde siempre había estado la biblioteca se hallaba una especie de cómoda con estante en la parte superior. Encontró zapatos debajo de la cima. Las medias estaban una adentro de cada zapato, cuidadosamente enrolladas. Nicolás razonó que una persona que se esmera tanto para guardar sus medias sin duda siempre debe usar ropa limpia, de modo que se sentó en la cama y se calzó. Comprobó que los zapatos le quedaban bien.

Sobre el respaldo de una silla estilo francés encontró un pullover y un gabán. Sin saber por qué, cuando vio que también eran de su medida se acordó de la historia de *Ricitos de Oro*. Se guardó en el bolsillo del gabán doscientos pesos que había visto sobre una especie de mesita ratona, y se fue.

Era una mañana gris, y bastante fría. Díaz Vélez estaba a su izquierda, Cangallo a su derecha, el taller de tapizados pegado a la casa, la colchonería La Estrella, justo enfrente. En la esquina, Nicolás saludó al diariero y el diariero lo saludó. Pensó que lo más indicado sería volver a su casa, comprobar que todo estaba en

orden, y dejarse de pavadas. Pero en seguida desistió de esa idea. Si en efecto toda estaba en orden, el acto impulsivo de volver sólo habría significado que su estado de ánimo era anormal. Y si por el contrario la mujer estaba, Nicolás se encontraría otra vez en medio de una situación irresoluble de la que justamente necesitaba salir. De modo que siguió con su propósito de ir al Centro de Cómputos, y tomó el 26 en Corrientes.

Se bajó en Uriburu y caminó hasta Paraguay. Atravesó la entrada y el gran hall y, mecánicamente, se dirigió a la puerta marrón de la izquierda donde, sobre una plancha dorada, se leía 'Centro de Cómputos'.

Empujó la puerta y entró. La sensación que tuvo no era la primera vez que la experimentaba. Ya le había ocurrido una noche, dos o tres años atrás. Estaba yendo al cine Lorraine y desde que había subido al ómnibus venía creando y perfeccionando, algo delirantemente, un programa que serviría para escribir teleteatros por computadora. Se había bajado donde su corazón le dijo que era Paraná (era Ayacucho) y había cruzado la calle al mismo tiempo que volvía hacia atrás con su programa para ver si no había entrado en un *loop* sin salida. Recién cuando estuvo a punto de entrar en el cine comprobó que allí no había ningún cine, ni librería a la derecha, ni teatro enfrente. *Estaba en un lugar totalmente extraño*. Durante varios segundos había tenido la intolerable impresión de que la realidad se había desplazado, sintió que todo aquello en lo que había creído era falso, y que las referencias con las que hasta ese momento había contado para ubicarse, súbitamente carecían de sentido.

En el Centro de Cómputos volvió a pasarle. Sólo que esta vez no era porque hubiese cometido algún error. Cuando salió, un minuto más tarde, ya había averiguado algo importante: allí no trabajaba ni nunca había trabajado una persona llamada Nicolás Broda.

Otro dato de importancia lo obtuvo ante una casa de departamentos de fachada amarilla. Había ido a esa casa a recuperar su portafolios (adentro tenía los documentos) y a confiarle a Segismundo Dantón lo que le estaba ocurriendo. Había pensado muy bien la forma en que se lo iba a explicar a Segismundo. Pero cuando se acercó al portero eléctrico e iba a apretar el botón correspondiente al 10° 'B', comprobó que no había ni décimo ni be. La casa tenía ocho pisos y los departamentos estaban numerados del 1 al 27.

Caminó bastante. Se había figurado, algo patológicamente, que todo consistía en no gastar los ochenta pesos que le quedaban. Pero después del mediodía empezó a llover y Nicolás acabó reconociendo que si bien era la idea de volver a esa casa lo que lo angustiaba, no existía por el momento ningún otro lugar al que pudiera volver. De modo que contó seis monedas de a diez y tomó el ómnibus. Cuando le faltaba poco para llegar vio por la ventanilla a un hombre grandote, de cara colorada, que estaba apoyado en una puerta cancel y pareció ponerse muy contento de haberlo descubierto en el ómnibus. El colorado chifló, agitó ampliamente un brazo, le indicó que le telefonara haciendo girar un dedo alrededor de la oreja, y cuando el ómnibus ya estaba arrancando señaló con el pulgar hacia una ventana que tenía a su derecha, le guiñó un ojo a Nicolás, e hizo que sí con la cabeza. Nicolás sintió que las orejas le quemaban. Desvió la vista de la ventanilla: la señora que estaba sentada a su lado le sonrió, completamente enternecida y feliz.

Nomás bajó del ómnibus se le presentó un problema: ¿debía entrar al almacén y comprar lo que la mujer rubia le había pedido o debía ignorar esa situación? Imaginó que si llegaba sin el paquete y la mujer estaba, no sólo se pondría furiosa sino que muy

probablemente lo obligaría a bajar de nuevo para hacer las compras, de modo que decidió ahorrarse problemas y hacer las compras desde ya.

Le pareció que el almacenero era el de siempre, aunque no hubiera podido asegurarlo.

—Anótelos en la cuenta —dijo, un poco ansioso, cuando el hombre le entregó el paquete.

—Andá tranquilo, cuñado —le dijo el almacenero.

Antes de salir, Nicolás se impuso una pequeña tarea.

—¿Ya llegó la vaselina? —preguntó.

La vaselina no había llegado. Nicolás se apuró a decírselo a la mujer nomás la mujer le abrió la puerta y agarró el paquete. Lo preocupaba la posibilidad de tener algún roce con ella —las mujeres corpulentas siempre le habían producido una cierta aprensión—. Sintió un gran alivio —'exagerado alivio', pensó— cuando la mujer le dijo que no importaba. 'No importa, Alfredito', le dijo la mujer; 'andá a comer'.

El de la cabecera, flaquito y de pijama rayado, era el señor con gota. A su izquierda, estaba Chelita. A su derecha, había una silla vacía en la que se estaba sentando la rubia. Al lado de la rubia, el Quinto Cepillo. Y al lado de Chelita, otra silla vacía en la que se acomodó él. Estaban comiendo la sopa.

El señor con gota hizo tamborilear el dedo índice sobre el borde de la mesa y lo encaró a Nicolás.

—¿Se puede saber dónde estuviste? —dijo.

Nicolás trató de organizar una respuesta apropiada pero no llegó a hablar porque el Quinto Cepillo salió en su defensa.

—Si está bien que se oree un poco, Rafael —dijo.

Tenía la voz que Nicolás esperaba de sus anteojitos redondos. Suspiró. —Es un día tan lindo.

Le lanzó una tierna guiñadita a Nicolás, para lo cual tuvo que levantar notoriamente el carrillo e inclinar la cabeza hacia el lado del ojo cerrado.

—Está bien, está bien —refunfuñó el señor con gota—, en esta casa está todo bien. Que te escupan el betún, está bien; lo de las hormigas, está bien. Que esta desnaturalizada vuelva a las seis de la mañana, está bien. Todo está bien en esta casa.

La expresión del Quinto Cepillo pasó de la ternura a la insidia.

—Ah, yo no sé —dijo—, yo no sé qué tiene que hacer una chica decente toda la noche fuera de su casa.

Nicolás miró de reojo a Chelita y no pudo dejar de admirarla: comía su sopa como una princesa entre los piratas. Pensó que la imagen se la había sugerido el pelo de ella, largo y rojizo. Fugazmente, se vio mordiéndole el pelo, en la cama. *Esto es una monstruosidad*, pensó. Acababa de darse cuenta de que lo monstruoso había sido justamente eso, haber estado a punto de pensar: *Esto es una monstruosidad: ella es mi hermana*.

—Lo que yo no sé —dijo la rubia—, es por qué no te metés la lengua en el culo.

Con esto, el grupo de desanimó. Cada tanto, el Quinto Cepillo sacaba un pañuelito y se sonaba la nariz. En esos casos, la rubia emitía un breve sonido nasal y lo miraba al señor con gota. Finalmente, pareció que el señor con gota no toleraba más la tensión porque le dijo a Nicolás que encendiera el televisor. Nicolás no dejó de advertir el papel que él (o el otro) desempeñaba en la casa.

Hizo una pequeña experiencia: le pidió la sal a Chelita. Con una especie de esfuerzo mental había conseguido recuperar —le pareció— un aire habitual de 'científico

displicente e irónico”. Se sentía atractivo. Discretamente interesado esperó el desenlace. Tuvo un desencanto: cuando Chelita dio vuelta la cabeza y le alcanzó la sal no demostró haber notado nada especial en su semblante. Todo lo que hizo fue un rápido gesto de fastidio con la boca. Después siguió comiendo. Nicolás sintió –nunca había sentido nada parecido– que Chelita lo despreciaba.

Después de ese fracaso, desistió de deslumbrar a nadie. Se comportó como los demás esperaban que se comportase y eso le evitó disgustos. En realidad, tuvo pocas oportunidades de comportarse de cualquier manera porque apenas terminó de comer se encerró en su pieza. (Si es válido llamar su pieza a una habitación donde no había un solo libro, una sola cifra escrita, la más oculta quemadura de cigarrillo que Nicolás pudiera reconocer como suya.)

Por un cuaderno de cuarto grado supo su nombre completo: Alfredo Walter di Fiore. También supo que su maestra estaba segura de que con tesón y perseverancia iba a conseguir vencer los escollos y salir adelante. El material de lectura no le fue particularmente revelador; el único indicio de una pasión –aunque bien podría ser producto del azar– consistió en que había dos libros dedicados a contabilidad. Encontró: *Mis Montañas*, de Joaquín V. González, *La noche fatal*, de Cronin, tres o cuatro libros de la colección Rastros, uno de Corín Tellado, *El asesinato considerado como una de las bellas artes*, *La Historia de San Martín*, por Bartolomé Mitre, *El conde Lucanor*, varios anuarios de la revista *Fantasia*, un número de *Idilio*, tres de *Selecciones*, una *Botánica* de Dembo, una *Contabilidad* de tercer año, *Los enanitos jardineros*, *Lo que usted debe saber sobre Contabilidad*, *Lo que usted debe saber sobre el Pensamiento de la Humanidad*, *Lo que usted debe saber sobre la Digestión*, *Pepita Jiménez*, *La Ninfa Sedienta*, y el libro *Corazón*.

Cartas no había por ningún lado. Encontró una foto de una gordita bastante insulsa, *Para Alfredo, con mi cariño de siempre*; también encontró un talonario de remitos con varias páginas arrancadas y en cuyo remito 43 estaba escrito a lápiz –la letra era bastante parecida a la suya–: flor, color, amor, y un poco más abajo, se van todos a la puta que los parió.

A las siete ya había conseguido de alguna manera sistematizar su caso: o esto era un sueño, o esto le estaba pasando. Suponiendo que fuera un sueño, ¿era posible que él considerase, dentro del sueño, esta posibilidad de estar soñando? Sí, ya que cosas como ésa suelen ocurrir en los sueños. Pero, ¿suele ocurrir, también en los sueños, esta clase de razonamientos? A las siete y veinte aceptó que *esto le estaba pasando*, y salió a caminar.

En el almacén de la esquina le pidió al almacenero que le fiara un atado de cigarrillos (el almacenero había accedido con un gesto de socarrona complicidad) y en la puerta de una librería no se animó a sonreírle –inesperadamente temió que su sonrisa pudiera parecer estúpida u obscena– a una adolescente que salía con varios paquetes y un enorme rollo de papeles pintados. Siguió de largo con un vago sentimiento de culpa. Oyó que los paquetes y el rollo acababan de caerse. Sin meditarlo se dio vuelta, volvió hacia atrás, y los levantó. ‘Gracias’, le dijo la adolescente. Y ocurrió algo: lo miró.

Nicolás había sido mirado como Nicolás. Entonces sí le sonrió a la muchacha. *Todo me lo quitaréis*, se le cruzó. Y él era un estudiante avanzado de matemática, amante de Musil, antiguo partidario de las series de *Tarzán* en el cine Medrano, que le estaba sonriendo a una muchacha.

Ella se acomodó los paquetes y el rollo, volvió a agradecerle efusivamente, y se fue.

Nicolás se dio cuenta de que había estrellas. Consiguió ubicar dos estrellas de la Constelación del Centauro. *¡Todo me lo quitaréis!*, pensó. *¡Todo me lo quitaréis!* *¡Todo!* *¡El laurel y la rosa!...* *¡Pero quédame una cosa que arrancarme no podréis!* Y algo, en el corazón, le cantó.

Pero no era que de pronto se sintiese feliz. Los que había amado, lo que había compartido, aquello que hasta el día anterior había sido su pasado, ¿adónde iba a buscarlo ahora? Estaba solo hasta donde se puede estar solo. *Pero era él.* Y ni todas las mujeres rubias, ni todos los señores con gota, ni todos los hombres colorados que se apoyan en todas las puertas cancel del mundo, podían quitarle esta sensación (era como un canto, era como la alegría de alguien que canta), esta sensación de ser él, bajo la nítida noche de julio.

Decidió que había un solo camino y que él iba a ser capaz de seguir ese camino. Iba a asumir a Alfredo Walter di Fiore, y lo iba a hacer crecer hasta que se abriera paso por entre las mujeres rubias y los hombres con gota. Iba a hacer por Alfredo Walter di Fiore lo que tal vez nunca hubiera llegado a hacer por Nicolás Broda. Porque desde sus tiempos de Tarzán había esperado una prueba: el acto heroico o desmesurado que sólo él iba a ser capaz de realizar. Y él iba a ser capaz de realizarlo.

Esa misma noche, cuando llegó a su casa, dio el primer paso: 'Tengo que hablarte', le dijo a Chelita. Su triunfo lo fue leyendo en los ojos de la muchacha. 'Creo que vos nunca me conociste bien.' Los ojos de ella pasaban del desprecio al asombro y Nicolás supo que iba a triunfar. Habló como el imbécil que al final no era un imbécil, sino que tenía un alma contradictoria y tortuosa, estaba como aplastado por la vida, aplastado por una familia que desde chico lo había condicionado, ella también, sí, que no llorara ahora, ella también había contribuido a todo esto, y él estaba harto y había decidido cortar con todo y empezar de nuevo. Le comunicaba que había decidido estudiar matemática. ¿Matemática, él? Sí, matemática, siempre había soñado con estudiar matemática y estaba seguro de que podía llegar lejos. Había estado preparándose a escondidas todo este tiempo, había leído muchos libros a escondidas, y estaba seguro de lo que estaba diciendo. También le comunicaba que dentro de muy poco, nomás consiguiera un nuevo trabajo, pensaba irse a vivir solo.

Ella lo admiraba al fin. Estaba arrepentida y avergonzada y quería pedirle perdón. Él no necesitaba su perdón pero permitió que ella lo besara y hasta la abrazó un poco. Se fue a dormir como de fiesta.

Recién a la mañana siguiente, cuando se despertó y reflexionó en todo lo que le había sucedido, pudo salir de su situación de autoengaño. Se dio cuenta de que sólo había dado el primer paso: lo que le restaba era largo y difícil.

Lo invadió una gran desazón. De pronto sentía que no iba a tener fuerzas para seguir adelante. *No*, se dijo, *no tengo que dejarme ganar por la angustia.* Una a una fue repitiendo las decisiones que había tomado. Lenta y voluntariamente empezó a recuperar su entusiasmo de la noche anterior. Pensó que la exaltación es un estado incomprensible cuando uno no está exaltado. Se acordó de que Weininger había dicho algo parecido respecto del genio.

Oyó un ruido y miró. Alguien estaba abriendo la puerta de su pieza.

Nicolás vio entrar a una mujer alta y flaca, de pelo gris. La mujer se acercó a la ventana y alzó la persiana. Miró hacia la cama de Nicolás.

—Ya son las nueve, Federico —le dijo.

Después se acercó a una especie de escritorio, pasó un dedo por la superficie y se miró el dedo. “Otra vez hay tierra aquí”, dijo.

Antes de irse de la pieza lo miró de nuevo y le pidió que se apurara. Le recordó que la noche anterior él había prometido que se levantaría temprano para pintar el techo de la cocina.



QUINTA LECTURA SUGERIDA

“Viejo con árbol”, de Roberto Fontanarrosa (1945-2007).

Este maravilloso cuento de Roberto Fontanarrosa, publicado en *Clarín*, el día de la muerte del autor, permite tomar conciencia de la variedad a través del juego de vocabularios especializados, el de las artes y el del fútbol. El narrador recrea el mundo del potrero e inserta en él como observador y protagonista a la vez al viejo que une ese mundo con el mundo del arte.

VIEJO CON ÁRBOL de Roberto Fontanarrosa.

En www.clarin.com/suplementos/especiales/2007/07/20/m-1461306

Consulta realizada en julio de 2007.



A un costado de la cancha había yuyales y, más allá, el terraplén del ferrocarril. Al otro costado, descampado y un árbol bastante miserable. Después las otras dos canchas, la chica y la principal. Y ahí, debajo de ese árbol, solía ubicarse el viejo.

Había aparecido unos cuantos partidos atrás, casi al comienzo del campeonato, con su gorra, la campera gris algo raída, la camisa blanca cerrada hasta el cuello y la radio portátil en la mano. Jubilado seguramente, no tendría nada que hacer los sábados por la tarde y se acercaba al complejo para ver los partidos de la Liga. Los muchachos primero pensaron que sería casualidad, pero al tercer sábado en que lo vieron junto al lateral ya pasaron a considerarlo hinchada propia. Porque el viejo bien podía ir a ver los otros dos partidos que se jugaban a la misma hora en las canchas de al lado, pero se quedaba ahí, debajo del árbol, siguiéndolos a ellos.

Era el único hincha legítimo que tenían, al margen de algunos pibes chiquitos; el hijo de Norberto, los dos de Gaona, el sobrino del Mosca, que desembarcaban en el predio con las mayores y corrían a meterse entre los cañaverales apenas bajaban de los autos.

—Ojo con la vía —alertaba siempre Jorge mientras se cambiaban.

—No pasan trenes, casi —tranquilizaba Norberto. Y era verdad, o pasaba una cada muerte de obispo, lentamente y metiendo ruido.

—¿No vino la hinchada? —ya preguntaban todos al llegar nomás, buscando al viejo—. ¿No vino la barra brava?

Y se reían. Pero el viejo no faltaba desde hacía varios sábados, firme debajo del árbol, casi elegante, con un cierto refinamiento en su postura erguida, la mano derecha en alto sosteniendo la radio minúscula, como quien sostiene un ramo de flores. Nadie lo conocía, no era amigo de ninguno de los muchachos.

—La vieja no lo debe soportar en la casa y lo manda para acá —bromeó alguno.

—Por ahí es amigo del referí —dijo otro. Pero sabían que el viejo hinchaba para ellos de alguna manera, moderadamente, porque lo habían visto aplaudir un par de partidos atrás, cuando le ganaron a Olimpia Seniors.

Y ahí, debajo del árbol, fue a tirarse el Soda cuando decidió dejarle su lugar a Eduardo, que estaba de suplente, al sentir que no daba más por el calor. Era verano y ese horario para jugar era una locura. Casi las tres de la tarde y el viejo ahí, fiel, a unos metros, mirando el partido. Cuando Eduardo entró a la cancha —casi a desgano, aprovechando para desperezarse— levantó el brazo pidiéndole permiso al referí—, el Soda se derrumbó a la sombra del arbolito y quedó bastante cerca, como nunca lo había estado: el viejo no había cruzado jamás una palabra con nadie del equipo.

El Soda pudo apreciar entonces que tendría unos setenta años, era flaquito, bastante alto, pulcro y con sombra de barba. Escuchaba la radio con un auricular y en la otra mano sostenía un cigarrillo con plácida distinción.

—¿Está escuchando a Central Córdoba, maestro? —medio le gritó el Soda cuando recuperó el aliento, pero siempre recostado en el piso. El viejo giró para mirarlo. Negó con la cabeza y se quitó el auricular de la oreja.

—No —sonrió. Y pareció que la cosa quedaba ahí. El viejo volvió a mirar el partido, que estaba áspero y empatado—. Música —dijo después, mirándolo de nuevo.

—¿Algún tanguito? —probó el Soda.

—Un concierto. Hay un buen programa de música clásica a esta hora.

El Soda frunció el entrecejo. Ya tenía una buena anécdota para contarles a los muchachos y la cosa venía lo suficientemente interesante como para continuarla. Se levantó resoplando, se bajó las medias y caminó despacio hasta pararse al lado del viejo.

—Pero le gusta el fútbol —le dijo—. Por lo que veo.

El viejo aprobó enérgicamente con la cabeza, sin dejar de mirar el curso de la pelota, que iba y venía por el aire, rabiosa.

—Lo he jugado. Y, además, está muy emparentado con el arte —dictaminó después—. Muy emparentado.

El Soda lo miró, curioso. Sabía que seguiría hablando, y esperó.

—Mire usted nuestro arquero —efectivamente el viejo señaló a De León, que estudiaba el partido desde su arco, las manos en la cintura, todo un costado de la camiseta cubierto de tierra—. La continuidad de la nariz con la frente. La expansión pectoral. La curvatura de los muslos. La tensión en los dorsales —se quedó un momento en silencio, como para que el Soda apreciara aquello que él le mostraba—. Bueno... Eso, eso es la escultura...

El Soda adelantó la mandíbula y osciló levemente la cabeza, aprobando dubitativo.

—Vea usted —el viejo señaló ahora hacia el arco contrario, al que estaba por llegar un córner— el relumbrón intenso de las camisetas nuestras, amarillo cadmio y una veladura naranja por el sudor. El contraste con el azul de Prusia de las camisetas rivales, el casi violeta cardenalicio que asume también ese azul por la transpiración, los vivos blancos como trazos alocados. Las manchas ágiles ocres, pardas y sepias y siena de los muslos, vivaces, dignas de un Bacon. Entrecierre los ojos y aprécielo así... Bueno... Eso, eso es la pintura.

Aún estaba el Soda con los ojos entrecerrados cuando al viejo arreció.

—Observe, observe usted esa carrera intensa entre el delantero de ellos y el cuatro

nuestro. El salto al unísono, el giro en el aire, la voltereta elástica, el braceo amplio en busca del equilibrio... Bueno... Eso, eso es la danza...

El Soda procuraba estimular sus sentidos, pero sólo veía que los rivales se venían con todo, porfiados, y que la pelota no se alejaba del área defendida por De León.

—Y escuche usted, escuche usted... —lo acicateó el viejo, curvando con una mano el pabellón de la misma oreja donde había tenido el auricular de la radio y entusiasmado tal vez al encontrar, por fin, un interlocutor válido—... la percusión grave de la pelota cuando bota contra el piso, el chasquido de la suela de los botines sobre el césped, el fuelle que queda de la respiración agitada, el coro desparejo de los gritos, las órdenes, los alertas, los insultos de los muchachos y el pitazo agudo del referí... Bueno... Eso, eso es la música...

El Soda aprobó con la cabeza. Los muchachos no iban a creerle cuando él les contara aquella charla insólita con el viejo, luego del partido, si es que les quedaba algo de ánimo, porque la derrota se cernía sobre ellos como un ave oscura e implacable.

—Y vea usted a ese delantero... —señaló ahora el viejo, casi metiéndose en la cancha, algo más alterado—... ese delantero de ellos que se revuelca por el suelo como si lo hubiese picado una tarántula, mesándose exageradamente los cabellos, distorsionando el rostro, bramando falsamente de dolor, reclamando histriónicamente justicia... Bueno... Eso, eso es el teatro.

El Soda se tomó la cabeza.

—¿Qué cobró? —balbuceó indignado.

—¿Cobró penal? —abrió los ojos el viejo, incrédulo. Dio un paso al frente, metiéndose apenas en la cancha—. ¿Qué cobrás? —gritó después, desaforado—. ¿Qué cobrás, referí y la reputísima madre que te parió?

El Soda lo miró atónito. Ante el grito del viejo parecía haberse olvidado repentinamente del penal injusto, de la derrota inminente y del mismo calor. El viejo estaba lívido mirando al área, pero enseguida se volvió hacia el Soda tratando de recomponerse, algo confuso, incómodo.

—...¿Y eso? —se atrevió a preguntarle el Soda, señalándolo.

—Y eso... —vaciló el viejo, tocándose levemente la gorra— ...Eso es el fútbol.



PELÍCULAS SUGERIDAS

La diversidad lingüística es un concepto bastante cuidado en el cine argentino, y se la ve desde diferentes ángulos. Algunas de las películas que sugerimos ver en clase son:

BOLIVIA

Su director, Adrián Caetano, comentó lo siguiente sobre su trabajo: “Cuando escribí el guión me interesaba la historia. No quise hacer una radiografía de la sociedad, simplemente quise contar una historia de un bar con siete personajes. El tema del racismo no estaba muy presente, pero inevitablemente hay una serie de temas que al hablar de esos personajes, y ambientarlos en ese estrato social, aparecen solos y se imponen”.



EL BONAERENSE

El lugar geográfico no cabe duda que es el conurbano, sin embargo aquí aparece el concepto de variedad lingüística entendida como registro profesional, esa verdadera lengua que comparten aquellos que se dedican a una actividad en particular, en este caso, la policía.



EL ABRAZO PARTIDO

El Once, las galerías del barrio y la colectividad judía enmarcan la historia que logra distinguirse del resto de Buenos Aires, del resto de los centros comerciales y del resto de las colectividades que puedan vivir en la ciudad por respetar costumbres, pronunciaciones, acentos, sabores, palabras y vestimentas.

